

David
BALDACCI

A person is walking away from the viewer on a rocky shore next to a river. The river reflects the surrounding landscape, which includes a dense forest of evergreen trees and mountains in the background. A helicopter is flying in the sky above the mountains. The overall scene is misty and atmospheric.

**El
camino
del perdón**

Atlee Pine vive marcada por la terrible experiencia que vivió en su infancia: cuando tenían seis años, un desconocido secuestró a su hermana gemela Mercy, y nunca la volvió a ver. Tres décadas después, Atlee se ha convertido en una agente del FBI con extraordinarias capacidades, rebelde, valiente y autosuficiente. Sin embargo, entre sus muchísimas cualidades, no figuran la misericordia o la capacidad de perdonar. Su cometido es perseguir y atrapar a los criminales en la zona del Gran Cañón, que conoce al detalle.

Cuando se produce una extraña muerte por apuñalamiento en un área frecuentada por turistas, Atlee es apartada del caso abruptamente y deberá decidir entre cumplir las órdenes o arriesgar su carrera tratando de averiguar la verdad.

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Agradecimientos

*A Kristen White, nuestra mano derecha y pierna
izquierda:
no sé lo que hubiéramos hecho sin ti,
y espero que nunca lo averigüemos.
A una estupenda colega y amiga*

1

«Pito, pito, colorito».

La agente especial del FBI Atlee Pine alzó la mirada para contemplar la lúgubre fachada del complejo penitenciario que albergaba a algunos de los depredadores humanos más peligrosos del planeta.

Había venido hasta allí esa noche para visitar a uno de ellos.

La cárcel de Florence estaba a unos ciento sesenta kilómetros al sur de Denver y era la única prisión de máxima seguridad reforzada del sistema federal. El módulo de máxima seguridad era uno de los cuatro edificios independientes que formaban este complejo correccional federal. Había un total de novecientos internos encarcelados en este polvoriento lugar.

Desde el cielo, con las luces de la prisión encendidas, Florence podía parecer un puñado de diamantes sobre fieltro negro. Los hombres que se encontraban allí, tanto los guardias como los internos, eran tan duros como esa piedra preciosa. No era un lugar para los débiles de espíritu o para quienes se dejaban intimidar con facilidad; sin embargo, los muy perturbados eran bienvenidos.

En ese momento, en esta prisión de máxima seguridad cumplían condena, entre otros, el Unabomber, el terrorista de la maratón de Boston, varios terroristas del 11-S, algunos asesinos en serie, uno de los cómplices del atentado de Oklahoma City, diversos espías, líderes supremacistas blancos y un variado repertorio de jefes de los cárteles de

la droga y de la mafia. Buena parte de los internos morirían en esa prisión federal, mientras cumplían múltiples cadenas perpetuas.

La cárcel estaba en mitad de la nada. Nadie había logrado jamás escapar, pero si alguien lo hiciera algún día, no tenía donde esconderse. La topografía alrededor de la prisión era llana y de campo abierto. En el entorno del complejo no crecía ni una brizna de hierba, ni un solo árbol o arbusto. Todo el perímetro estaba rodeado por muros de tres metros y medio de alto coronados con alambre de espino, con detectores de movimiento intercalados. A su alrededor circulaban patrullas armadas con perros de ataque las veinticuatro horas de los siete días de la semana. Cualquier preso que llegase hasta allí acabaría falleciendo casi con toda seguridad víctima de los colmillos o las balas. Y a muy poca gente le importaría que un asesino en serie, un terrorista o un espía terminara muerto con la cara contra la tierra de Colorado.

En el interior del recinto, las ventanas de las celdas, incrustadas en los gruesos muros de cemento, eran de diez centímetros de ancho por un metro de largo, y desde ellas solo se podía ver el cielo y los tejados del complejo. La prisión de Florence estaba diseñada para que ningún recluso pudiera saber en qué parte del edificio estaba encerrado. Las celdas eran de 2 x 3,5 metros y en ellas prácticamente todo, excepto los reclusos, era de cemento. El agua de las duchas se cortaba de forma automática, las puertas de los lavabos no se podían cerrar con pestillo, las paredes estaban insonorizadas para que los reclusos no pudieran comunicarse entre sí, las puertas dobles de acero se abrían y cerraban mediante un mecanismo hidráulico y la comida se introducía en las celdas a través de una pequeña abertura en el metal. La comunicación con el exterior estaba prohibida salvo en la sala de visitas. Para los presos más indisciplinados, o en caso de una crisis, había un módulo de castigo conocido como «el Agujero Negro». Las

celdas de esa zona permanecían siempre a oscuras y las camas de cemento tenían correas de sujeción.

De hecho, aquí el confinamiento solitario no era algo excepcional, sino más bien la norma. La prisión de máxima seguridad reforzada no estaba pensada para que los reos hicieran nuevas amistades.

Para permitirle acceder al complejo, los guardias habían parado y revisado el todoterreno ligero de Atlee Pine y habían comprobado su nombre y su documento de identidad en el listado de visitantes. Superados estos trámites, la escoltaron hasta la entrada principal, donde tuvo que enseñar a los guardias que custodiaban la puerta sus credenciales de agente especial del FBI. Tenía treinta y cinco años y los últimos doce los había pasado con una reluciente placa en el bolsillo. El escudo dorado estaba coronado por un águila con las alas desplegadas, bajo la cual aparecía la Justicia sosteniendo una balanza y una espada. Pine consideraba muy apropiado que en la insignia del organismo de seguridad más relevante del mundo apareciera una figura femenina.

Tuvo que entregar la Glock 23 a los guardias. Había dejado en el coche la Beretta Nano que solía llevar en una pistolera en el tobillo. Era la primera ocasión en que recordaba haber entregado de forma voluntaria el arma. Pero la única prisión de máxima seguridad reforzada de Estados Unidos tenía sus propias reglas, a las que debía amoldarse si quería entrar allí, y lo cierto es que deseaba esto último con todas sus fuerzas.

Era alta: descalza medía casi un metro ochenta. La altura le venía de su madre, que pasaba del metro ochenta. Pese a su estatura, Pine no era ni ágil ni esbelta. Jamás habría podido trabajar como modelo de pasarela ni aparecer en la portada de una revista. Era corpulenta y musculosa, debido a que levantaba pesas a diario. Sus muslos, pantorrillas y glúteos eran roca pura, tenía los hombros y los deltoides esculpidos, los brazos fibrosos y con la mus-

culatura marcada, y sus abdominales eran de hierro. Había participado en competiciones de artes marciales mixtas y de *kickboxing*, y conocía prácticamente todas las técnicas mediante las cuales una persona de menor tamaño podía dominar y bloquear a otra más fornida.

Todas estas habilidades las había aprendido y pulido con una única motivación en la cabeza: la supervivencia en un mundo mayoritariamente masculino. La fuerza física, la dureza y la confianza que le aportaban eran una necesidad. Tenía un rostro anguloso que resultaba muy atractivo, casi hechizante. Llevaba el cabello negro hasta la altura de los hombros y los ojos de un azul turbio transmitían una impresión de gran profundidad.

Era la primera vez que accedía a la prisión de Florence y mientras dos corpulentos guardias que no se habían dignado a dirigirle la palabra la escoltaban por el pasillo, lo primero que le llamó la atención fueron el silencio y la tranquilidad casi inquietantes que reinaban en el lugar. Como agente federal, había visitado muchas cárceles a lo largo de su vida. Lo habitual era que fuesen una cacofonía de ruidos, gritos, silbidos, maldiciones, obscenidades, insultos y amenazas, con manos agarradas a los barrotes y miradas amenazantes emergiendo de la oscuridad de las celdas. Si no eras un animal al entrar en una prisión de máxima seguridad, te habrías convertido en uno al salir. De lo contrario, eras hombre muerto.

Era *El señor de las moscas*.

Con puertas de acero y lavabos.

Y, sin embargo, aquí parecía que estuviera en una biblioteca. Pine estaba impresionada. Era toda una proeza para unas instalaciones que albergaban a un grupo de hombres que, en su conjunto, habían asesinado a miles de sus semejantes mediante bombas, pistolas, cuchillos, venenos o sus puños desnudos. O, en el caso de los espías, a través de sus actos de traición.

«Dónde vas tú, tan bonito».

Pine había venido en coche desde St. George, Utah, donde había vivido y trabajado hacía años. Esto le había supuesto atravesar todo el estado de Utah y la mitad del de Colorado. Su GPS le indicó que le llevaría algo más de once horas recorrer los mil kilómetros. Lo había hecho en menos de diez gracias a su determinación como conductora, al potente motor de su todoterreno y al detector de radares para esquivar los controles de velocidad.

Había hecho una única parada para ir al lavabo y comprar comida para el resto del trayecto. Por lo demás, no había levantado el pie del acelerador.

Podría haber tomado un avión hasta Denver y haber hecho el resto del camino por carretera, pero disponía de tiempo y quería pensarse bien qué iba a hacer al llegar a su destino. Y un largo viaje en coche por las vastas y desiertas planicies de América era el escenario idóneo para eso.

Pine había nacido en el Este, pero se había pasado la mayor parte de su vida profesional en las llanuras infinitas del Suroeste americano. Y confiaba en poder seguir allí el resto de su existencia, porque adoraba la vida al aire libre y los espacios abiertos.

Después de unos cuantos años en el FBI, había podido elegir destino. Y ello se había debido a un único motivo: quería ir a donde ningún otro agente deseaba poner los pies. La mayoría de sus colegas ansiaban un destino en una de las cincuenta y seis sedes del FBI. A algunos les gustaba el calor, de modo que aspiraban a las de Miami, Houston o Phoenix. Otros querían trasladarse a las más relevantes dentro de la administración del FBI, de modo que luchaban por conseguir un puesto en Nueva York o Washington. La de Los Ángeles era popular por un montón de motivos, lo mismo que la de Boston. Sin embargo, a Pine no le interesaba ninguno de esos sitios. Le gustaba el relativo aislamiento de una delegación en mitad de la nada. Y

mientras obtuviera resultados y mostrase compromiso con su trabajo, nadie la iba a molestar allí.

A menudo, en esas llanuras inmensas, ella era la única agente federal en cientos de kilómetros a la redonda. Y eso también le gustaba. Algunos podrían llamarla solitaria, obsesiva o antisocial, pero no era ninguna de esas cosas. De hecho, se llevaba bien con la gente. Y es que no se podía ser un buen agente del FBI sin poseer unas notables habilidades sociales. Pero sí le gustaba preservar su intimidad.

Pine había obtenido un puesto en la delegación de St. George, Utah. Era una oficina que ocupaba a dos personas y donde ella permaneció dos años. En cuanto se le presentó la oportunidad, pidió que la transfirieran a una delegación que llevaba un solo agente en una pequeña ciudad llamada Shattered Rock. Era una oficina recién abierta al oeste de Tuba City y lo más cerca posible del parque nacional del Gran Cañón sin llegar a estar en su interior. Contaba con el apoyo de una secretaria, Carol Blum, una mujer sesentona que llevaba décadas en el FBI. Blum aseguraba que su héroe era J. Edgar Hoover, pese a que este había muerto muchos años antes de que ella empezase a trabajar allí.

Pine no sabía si creerse lo que decía esa mujer.

El horario de visitas en Florence había terminado hacía ya rato, pero Instituciones Penitenciarias había admitido de forma especial la petición de una colega federal. De hecho, eran las doce de la noche en punto, un momento idóneo a juicio de Pine, ya que ¿acaso los monstruos no salen de sus guaridas solo a medianoche?

La acompañaron hasta la sala de visitas y se sentó en un taburete metálico a un lado del grueso cristal de policarbonato. En lugar de telefonillo, un conducto metálico redondo en el cristal proveía el único modo de comunicarse verbalmente. Al otro lado del cristal, el recluso se sentaría en un taburete metálico similar clavado en el suelo. El

asiento era incómodo, porque precisamente estaba diseñado para serlo.

«A la acera verdadera».

Esperó sentada, con las manos entrelazadas sobre la lisa superficie plastificada que tenía delante. Se había colocado la placa del FBI en la solapa porque quería que él la viera. No quitaba ojo a la puerta por la que lo harían entrar. Él era consciente de que ella iba a verlo, pues había aceptado la visita, uno de los escasos derechos con los que contaba aquí dentro.

Pine se puso un poco tensa cuando oyó pasos de varias personas acercándose. Sonó un zumbido, la puerta se abrió y la primera persona a la que vio fue un corpulento guardia sin apenas cuello y con unos hombros tan anchos que casi abarcaban la totalidad del hueco de la puerta. Detrás de él entró otro guardia y después un tercero; ambos igualmente fornidos e imponentes.

Por un momento Pine se preguntó si para ser guardia en esa prisión se pedía un peso mínimo. Probablemente fuera así. Y también resultase obligatorio ponerse la vacuna del tétanos.

Estas ideas desaparecieron de su cabeza con la misma rapidez con la que le habían venido, porque tras los guardias apareció el metro noventa de Daniel James Tor esposado con grilletes. Y cerrando la comitiva venían otros tres guardias. Entre todos llenaban el pequeño recinto. Pine sabía que en esa prisión la regla de oro era que no se trasladaba de un sitio a otro a ningún preso con menos de tres guardias.

Por lo visto Tor requería el doble de escolta. Ella entendía a la perfección por qué.

Tor no tenía ni un solo pelo en la cabeza. Miró al frente con ojos inexpresivos mientras los guardias lo sentaban en el taburete y lo encadenaban al aro de acero anclado en el suelo. Pine sabía que esta prevención tampoco era aquí la norma.